

El Comercio entre los Indios de México

Por Francisco ROJAS GONZALEZ. Del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.

PARA los pobladores prehispánicos de nuestro país, fué el comercio un noble ejercicio que alcanzó notable influencia en el desarrollo económico y cultural de aquellas primitivas sociedades. El giro mercantil tuvo entre determinados grupos tal importancia, que pudo considerarse como una de sus actividades vitales. El Estado azteca vió en los comerciantes magníficos auxiliares en sus típicas empresas imperialistas y llegó a considerarlos como una semiaristocracia, casi tan respetada como la casta militar. La condición de mercader era llevada con orgullo y altivez. Es más, la prosperidad de los comerciantes indios no sólo se fincaba en las utilidades de su ejercicio, sino que, para mantener su decoro, los comerciantes contaban con el apoyo y la definitiva ayuda del gobierno, que los sostenía en condiciones ventajosas sobre el resto de la población laboriosa.

Con la conquista, el ejercicio mercantil, de acuerdo con la concepción que de él tuvieron los nativos, vino a menos; ya en la colonia encontramos precario el comercio típicamente indígena y raquíto y miserable en la primera centuria del México independiente.

En nuestros días el comercio entre los indios se halla en condiciones muy inferiores al estado en que le vimos a mediados del siglo pasado.

El tianguis es el último vestigio de aquella fundamental actividad, dueña antaño de un enorme escenario y de perspectivas inmensas. Muchos de los concurrentes a los tianguis contemporáneos se manejan y mantienen semejantes actividades a las de sus antecesores de hace cinco siglos: regatean, revenden y compran bastimentos y efectos casi idénticos a los que

adquirían sus antepasados en los mercados prehispánicos y coloniales; sólo que ahora la índole del mercader ha venido a menos, desde el momento en que todo asistente indígena al tianguis, ostenta calidad de comerciante, a la vez que personalidad de comprador, pues al mismo tiempo, vende los efectos de su industria o los frutos de su tierra, que adquiere todo aquello que urge a sus necesidades. Este sistema de comercio mantiene viva en muchos mercados indios contemporáneos, la práctica del trueque, especialmente cuando el indígena trata con los mestizos, que realizan ventajosas operaciones con productos de la industria moderna —telas, adornos, etc.— a cambio de huevos de gallina, aves, maíz, etc. Es decir, que el indio ve ahora en el mestizo al personaje superior que los pueblos sojuzgados por el azteca, miraron en el altivo y próspero comerciante de la Anáhuac imperial.

Desde el momento en que un nuevo actor ha tomado el papel principal en el juego mercantil, el típico sistema autóctono ha mudado desfavorablemente para el indio, al extremo de que su práctica ya no es suficiente, por sí sola, para resolver el problema económico de quien la ejerza, sino que se le considera tan sólo como uno de tantos medios tendientes a equilibrar el presupuesto de una decadente estructura.

Además de la ruinoso competencia del mestizo, dueño de sistemas y tácticas nuevas, otros factores vienen a sumarse en contra de los comerciantes indios: las contribuciones en forma de alcabalas y el intermediario o acaparador, parásito insaciable, que abate los precios en los mercados rurales y los eleva a la medida de su ambición en los grandes centros urbanos de consumo.

El comercio indio

Para entender a fondo el proceso histórico del comercio indígena, conviene echar una ojeada retrospectiva: La fascinante mitología nahoa, concede un lugar al comercio y a los comerciantes, para los que señala una deidad tutelar:

Yiacatecutli. El Padre Sahagún describe a este personaje fabuloso, portador de un bastón de caña, instrumento éste también objeto de la veneración de los mercaderes, que al rendir una jornada juntaban todos sus cayados en gavilla, los hincaban en la tierra y frente a ellos sangrabanse la lengua, orejas y piernas y encendían pequeñas fogatas para quemar esen-

cias. Luego imploraban de la extraña deidad que los condujera sin tropiezos hasta el fin de la jornada. ¹

Los comerciantes tenían como signo astrológico favorable al “ce-coatl”. Para emprender sus largos recorridos buscaban salir de México precisamente cuando estuviese rigiendo al universo este signo misterioso

Lento fué el desarrollo del comercio entre los aztecas, grupo éste el más distinguido en su ejercicio; parece que recientemente establecidos en las márgenes de la laguna de Texcoco, ofrecían a sus vecinos integrantes de otros grupos, aves y bestezuelas producto de la caza, práctica en la que eran los aztecas consumados maestros, a cambio de ranas, peces y otros animalillos lacustres.

Sin embargo, es probable que otros grupos hubieran ejercido desde muchos años atrás el comercio de exportación. Al efecto, don Alfredo Chavero ² asegura que los habitantes de las costas se atrevían a llegar a la altiplanicie, para comerciar con los indios tierra adentro, con pescados marinos acecinados y ostras. Las conchas y los caracoles tenían gran demanda en estos mercados, para adorno de hombres y mujeres. Chavero basa su acerto sobre el viejo comercio de importación en los descubrimientos arqueológicos, entre los que se encuentran objetos que tienen claro origen extranjero, respecto al suelo en que se hallaron.

Por lo que toca a los aztecas, debe considerarse lógicamente que al incipiente comercio local siguió el de importación y exportación y que el tianguis, fué el resultado de un viejo y sostenido esfuerzo, que vino a culminar en la fuerte institución que alcanzó tanta importancia en el vivir de los grandes conglomerados indios de la altiplanicie. Nadie pondera con mayor entusiasmo la grandiosidad del tianguis de Tlaltelolco que el conquistador Hernando de Cortés: “Tienen otra plaza tan grande como dos veces la ciudad de Salamanca . . .” dice el admirado extremeño a su Señor don Carlos V en su Carta Segunda de Relación. ³

Fray Bernardino de Sahagún ⁴ agrega que el comercio exterior entre los indios se originó en el mercado de Tlaltelolco, de donde los comercian-

1 Sahagún, Fr. Bernardino de. *Historia General de Nueva España*, t. II, p. 42.—Ed. Pedro Robredo.—México, 1938.

2 Chavero, Alfredo. *México a través de los siglos*, t. I, p. 129.

3 Cortés, Hernando. *Cartas de Relación de la Conquista de Méjico*, t. I, p. 98.—Madrid.—Calpe, s/a.

4 *Op. cit.*, p. 339.

tes empezaron a exportar primeramente los productos de su original industria: la plumaria, en la que alcanzaron notables adelantes técnicos y artísticos. Parece que a cambio de adornos multicolores de plumas, los aztecas recibían piedras preciosas como las turquesas —Xihuitl— y las esmeraldas —chalchihuitl—, así como elementos necesarios para el vestido: mantas de algodón o henequén. Más tarde el trueque alcanzó a normar operaciones comerciales de mayor importancia, en las que giraban artículos tales como maxtles, huipiles manufacturados y otras prendas para el atavío masculino y femenino, así como alimentos: cacao, maíz, frutas tropicales, animales de pelo y de pluma, pieles, etc., etc.

Los Pochteca

A medida que el monto de las operaciones crecía en el mercado de Tlaltelolco, la prosperidad de los comerciantes aumentaba y con ella su valimiento ante el Estado. Una nueva clase o jerarquía hallaba acomodo en la sociedad: los pochteca o encargados de ejercer y fomentar el comercio fuera de las fronteras de Anáhuac. Este último sistema comercial vino a iniciar el engrandecimiento de las ciudades aztecas de México, Texcoco y Tlacopan.

Pronto las grandes caravanas de mercaderes y macehuales o cargadores, dirigidos por un experto pochteca, hallaban la ruta del comercio de altura. De esta suerte que los audaces tratantes llegaron a establecer contacto con los pueblos del Sur y del Sureste, los que, según el padre Landa ⁵ eran también intrépidos mercaderes: navegaban hasta las tierras de Ulúa y Tabasco, a donde llevaban sal, ropa y esclavos; de aquellos lugares tornaban al punto de su origen con cargamentos de cacao y cuentas de piedra.

El comercio azteca se encauzó hacia el Sur, donde se asentaban grupos cuyo estado de cultura garantizaba seguras y buenas transacciones. El Norte de Anáhuac, habitado por grupos nomádicos, paupérrimos e incontrolables, no ofreció a los pochteca un campo propicio para sus actividades.

Las caravanas de mercaderes dejaban México, llevando un itinerario preciso. Marcaban en su derrotero los lugares en donde tenían que rendir sus jornadas. Puntos estratégicos para los comerciantes aztecas eran Xica-

⁵ Landa, Fray Diego de. *Relación de las Cosas de Yucatán*, p. 110.—Ed. Pedro Robredo.—México, 1938.

lanco y Tuxtepec. En el primer punto tomaban contacto con los quichés y mayas. En Tuxtepec se concentraban los efectos comerciales de los zapotecas y mixtecas.

La meta obligada para las expediciones de los pochteca se iniciaba, según Chavero,⁶ cruzando el pago en grandes y pesadas canoas hasta salir al gran valle. De allí continuaban hasta Teotihuacán. Rodeando precavidamente el peligroso territorio tlaxcalteca, marchaban con dirección a Tehuacán y de allí a Tuxtepec.

Los integrantes de la caravana marchaban siempre unidos y ninguno podía volver la cara hacia atrás, por considerarlo de mal agüero. Iban en orden y dispositivo de guerra, vigilantes siempre para evitar caer en una celada de sus múltiples enemigos. En Tuxtepec se dividía en dos el grupo: uno marchaba hacia Ayutlán y el otro iba hacia Xicalanco, con un cargamento enriquecido ya con los efectos de trato recogidos de los zapotecas o de los mixtecas.

Los comerciantes viajeros que encabezaban los pochteca, tenían directa relación con el ejército imperial de Anáhuac. Entre los aparentemente inofensivos mercaderes iban hombres de guerra —los tequihua— que llevaban como misión, además de proteger a la caravana, observar el terreno y las condiciones propias para una futura conquista azteca.

Se daba frecuentemente el caso de que el grupo era atacado por los enemigos; si en la pelea que se trababa, caía muerto un pochteca, los supervivientes alzaban en su honor una estatua de maderas resinosas —ocote—. Si un pochteca moría de enfermedad o a causa de un percance propio del camino, entonces construían una enramada alta, sobre la cual depositaban su cadáver lujosamente ataviado y allí le abandonaban, seguros de que el ánimo iba a habitar a la región del Sol.⁷

Parece que los pochteca ostentaban calidad oficial de su imperio, con la cual tenían jerarquía semejante a la de Embajadores de Tenoxtitlán ante todos los señores que visitaban. Esta alta categoría diplomática prestaba a los comerciantes una ventajosa situación, ya que un atentado en su contra significaba nada menos que una declaración de guerra.

Los peligros y las aventuras, así como las magníficas utilidades que el comercio exterior ofrecía tanto a los que lo practicaban como al Estado azteca, atraieron a la juventud mexicana hacia la carrera mercantil, la que, después de la de las armas, era la más ambicionada por brillante y honrosa.

6 *Op. cit.*, p. 603.

7 *Op. cit.*, p. 606.

El día en que los pochteca salían de Tlaltelolco, seguidos de un gran acompañamiento de mercaderes, macehuales y soldados, se realizaba una suntuosa ceremonia a la que asistían los familiares de los viajeros y los antiguos comerciantes retirados por la ancianidad del ejercicio profesional. Uno de estos últimos hablaba solemnemente para recomendar a los que partían, coraje en la aventura para vencer la sed, el hambre y el frío. “Toda empresa empezada y no concluída —decían sentenciosos— significa una grave afrenta para nuestros antepasados”. Encargaban a los jóvenes que hicieran durante el viaje penitencias corporales en honor de los dioses y que respetaran a los mayores.

Uno de los jóvenes contestaba al orador, agradeciendo los consejos y buenos deseos a nombre de todos. Luego pedía conmovido que durante la ausencia del hogar, no faltara a sus deudos el fuego, el aseo y el conveniente auxilio en caso necesario.

De estos mercaderes se dice que eran osados y sufridores; curiosos investigadores arrancaban secretos a los habitantes de remotos países; hablaban las lenguas de las tierras que visitaban y gustaban vestir en la misma forma que los moradores. Adquirían mercancías en donde existía oferta, para venderlas en donde había demanda.

Cuando retornaban al Anáhuac, los pochteca se encargaban de presentar a su señor una viva relación de sus viajes, a la vez que precisas y preciosas informaciones en torno de lo que habían observado. Entonces el señor los premiaba otorgándoles un bezote de ámbar, prenda que patentizaba agradecimiento y que era, además, un distintivo del valor, de la nobleza y de la osadía del que lo llevaba.

Después de haber cumplido con su señor, los pochteca reunían en un banquete a la nobleza y a los militares. Allí se contaban las aventuras y los éxitos de la empresa recién terminada. Después asistían todos al templo de su correspondiente calpulli para dar gracias a la deidad por haberlos sacado con bien del viaje; en esta ocasión también rendían culto a los cayados, con las acostumbradas y crueles sangrías. Para dar todo el realce a esta ceremonia de gratitud a los dioses, se sacrificaban en honor de Yiacatecutli seis doncellas jóvenes que compraban en el mercado de esclavos de Atzacpotzalco; participaban de esta sanguinaria y bárbara ofrenda los hermanos de Yiacatecutli que eran seis: cinco hombres y una mujer. A este repugnante acto llamábanle, de acuerdo con Sahagún,⁸ panquetzaliztli.

8 *Op. cit.*, t. II, p. 45.

El Tianquiztli

El producto de la recolección de mercaderías logrado por los pochteca y su escuadrilla de comerciantes, se derramaba más tarde en los mercados locales, donde la gente en general compraba lo que le era necesario. Además de los efectos y productos de la importación, había otros muchos géneros mercantiles. Veíanse en el tianguis o tianquiztli que cada cinco días tenía lugar en Tenoxtitlán, productos de la variada industria del país y frutos de la agricultura y de la horticultura. El transporte de estas últimas mercaderías mantenía en constante movimiento a las canoas que congestionaban los canales que daban acceso a la gran ciudad, para juntarse todos en los atracaderos de la prolongación de la calzada de Tlacopan.

Era obligatorio para todos los habitantes asistir al tianquiztli; la ausencia de las gentes irritaba a la deidad, entronizada en los departamentos interiores de la plaza.

La concurrencia irrumpía en los templos levantados en las cercanías del tianguis y tributaba manjares y flores. Era de ley hacer comercio sólo en el interior del mercado.

Había en la capital azteca varias plazas de tianguis, pero la principal fué la de Tlaltelolco, vecina al gran Teocalli. Allí se reunía el tribunal de los Pochteca, en un recinto rodeado de tiendas y portales. La concurrencia a la enorme plaza era desbordante. Sahagún asegura que concurrían a dicho tianguis gentes procedentes de las lejanas regiones de Jalisco y Guatemala.

Dentro del recinto del mercado de Tlaltelolco se levantaba un amplio estadio destinado a los deportes, a las farsas y a la danza, ejercicios estos tan del gusto de los aztecas.

Otros mercados de importancia fueron el de Tecoyamalco, el de Chilotlán, el de Texcoco, el de Acolmán y el de Atzcapotzalco, este último destinado al horrible tráfico de esclavos.

En los grandes tianquiztli señoreaban el orden entre los comerciantes y la policía entre los concurrentes. Algunos oficiales, correctos y obsequiosos—los tianquizpan tlayacoque— se encargaban de que en las plazas se cum-

plieran estrictamente las disposiciones gubernativas;⁹ por ejemplo, exigían que de acuerdo con los ordenamientos, estuvieran perfectamente delimitados los lugares para cada género de comercio; aquí los vendedores de metales y piedras preciosas o de suntuosos plumeríos; allá los comerciantes de cacao y especias; en otro lugar los que vendían ricas telas, ropajes confeccionados o mantos corrientes para el atavío de las gentes vulgares. Más allá los comerciantes en mantenimientos: verduras, legumbres, maíz, frijol de variados colores y clases, chía, sal, miel silvestre . . . o aquellos que tenían animales comestibles, como codornices, conejos, liebres, perrillos cebones, etc., y los vendedores de animales vivos como loros parleros, pájaros de plumajes bellos y variados; alimañas domesticadas . . . y, en fin, aquellos que vendían tortillas, tamales o chocolate, etc., etc.

La conocida y ya citada crónica que don Hernando de Cortés hace al rey de España, agota el tema de todo lo pintoresco e importante que encerraba la maravillosa institución del tianguis azteca.

Transportes y comunicaciones

El mayor centro comercial de Anáhuac se comunicaba con el exterior, ya bien por medio de sus calzadas y por la vía lacustre. Los canales anchurosos llegaban hasta el corazón de la gran ciudad y permitían a las canoas de corto calado descargar en los diversos atracaderos existentes.

Las calzadas y los canales tenían, sin embargo, alcance muy pequeño, por lo que sus beneficios eran bastante limitados. Fuera del radio comprendido por estas cómodas vías de comunicación, empezaban los caminos pedregosos y estrechos, las veredas empinadas, los atajos polvorientos. A medida que los caminos se alejaban del gran centro del imperio azteca, se hacían más quebrados y ásperos. A falta de bestias de transporte o de carga, los indios no sólo hacían a pie larguísimos recorridos, sino que se cargaban con pesados fardos de mercaderías. Chavero dice que los nahuatlacas "... hacían la carga al hombro desnudo, atravesando en él un palo de

9 He aquí algunas disposiciones legales relativas a los "tianquiztli" aztecas, recogidas por Alonso de Zurita en su *Breve y Sumaria Relación de los Señores y maneras diferentes que había en ellos en la Nueva España*.—"Nueva colección de documentos para la Historia de México." Pomar-Zurita.—*Relaciones Antiguas*. (Siglo XVI.) Ed. Chávez Hayhoe.—México, 1941: "Quien pide algunas mantas fiadas o emprastadas y no las paga, es esclavo." (P. 280.) "El que en el tianguis hurtaba algo, los del tianguis lo mataban a pedradas." (P. 281.) "El que en el mercado hurtaba algo era de ley que luego públicamente lo mataban a palos." (P. 284.)

madera lisa y fuerte y cargando a la punta dos redes largas a modo de balanzas, donde llevaban dos hanegas de maíz y si era menester dos hijuelos, como si fueran en jaula . . ." Con esa carga caminaba el indio tres y cuatro leguas y el peso hacía que el palo en que cargaba formase en el hombro un gruesísimo callo".¹⁰

Los habitantes de la costa practicaban en empresas mercantiles la navegación como medio de transporte. Estos navegantes no sólo visitaban, costeando, los pueblos continentales, sino que los *tepoca* hacían crucesos atrevidos de una costa a otra del Mar Bermejo, tocando inclusive las islas habitadas.

Los mayas también fueron marineros. De ellos se cree que conocieron la vela, con cuya ayuda comerciaban por las costas y aún las islas del Golfo de México o del Mar Caribe.

Los quichés, notables navegantes fluviales, guiaban embarcaciones de regular calado sobre las impetuosas aguas de sus ríos.

Los indios del sur, según se puede ver en ídolos y jeroglíficos, llevaban sus géneros a la espalda, pendientes de un lazo de fibra, de pita o de ixtle —mecapal— que se detenía en la parte superior del cráneo. Algunos atribuyen las deformaciones cefálicas, tan comunes aún en los indios contemporáneos, a esta incómoda forma de cargar.

Los comerciantes de importancia, servíanse de esclavos o de *macehuals* para transportar sus efectos.

Moneda e impuestos

El género monetario de cambio tuvo poca importancia entre los indios del México prehispánico, ya que el monto mayor de las operaciones mercantiles se hacía por medio del trueque. Para compras de menudeo, es sabido que se usaban los granos de cacao y las almendras llamadas *patlochtli*. Para operaciones de mayor cuantía existían los cañutos de pluma rellenos de polvo de oro y los tejuelos de metal de que habla Orozco y Berra, mismo historiador que asegura que el cacao siguió usándose como moneda menuda durante los tres siglos de dominación española.

Dícese que el señor de México dotaba a sus *pochteca* hasta con cinco mil seiscientos mantos —cuachtli o patolcuachtli— los que probablemente representaban diversos valores de cambio, a juzgar por la diversidad de sus dibujos apreciables en los códices aztecas.

10 Chavero, Alfredo. *México a través de los siglos*. t. I, p. 129.

Cortés y Torquemada hablan de ciertas piezas metálicas, las que, según su juicio eran monedas; afectaban la forma de la letra "T" y eran de manejo muy bromoso por sus dimensiones —19 centímetros de altura miden las piezas de este género existentes en el Museo Nacional de Arqueología de la ciudad de México— y por su peso. Orozco y Berra asegura que ni el tamaño ni la forma de estas piezas autorizan para suponerlas monedas. Sin embargo, Chavero de acuerdo con el conquistador Cortés y con Torquemada, cronista del siglo XVII, opina que sí eran ejemplares numismáticos y que tenían el nombre de "tlachco", de donde se derivó la voz de "tlaco", con el que por mucho tiempo el pueblo de México denominó a las piezas monetarias de \$0.01.

El género de trueque comúnmente usado por los pochteca en sus operaciones en los mercados de importancia, eran pedernales labrados, cuchillos de obsidiana, agujas, cascabeles, etc., que cambiaban por cacao, plumas de ave tropical, pieles y piedras preciosas.

El Padre Landa¹¹ dice que los mayas tenían como moneda cuentas de piedra, así como "ciertas conchas coloradas y las traían en sus bolsas de red que tenían y en los mercados trataban todas cuantas cosas había en esa tierra".

Es seguro que sobre el comercio prehispánico pesaban impuestos monetarios. El oficial llamado "cihuacoatl", tenía a su cargo la hacienda pública y probablemente era el mismo quien se encargaba de cobrar contribuciones al comercio. El complejo sistema monetario de la época, haría difícil un cálculo siquiera aproximado de las rentas públicas.

Sabemos, en cambio, que cada uno de los mercaderes concurrentes al tianguis contribuían con efectos de su comercio para realizar los actos del culto a la deidad.

Nuevos géneros de comercio

Desposeídos los indios de sus mejores tierras y monopolizado por los conquistadores el mercado de piedras preciosas, de granos y de todos aquellos efectos o productos de alta demanda, los naturales viéronse obligados a buscar un nuevo género de comercio. De allí el auge de las industrias típicas, que por medio del sistema familiar alcanzaron a tener gran importancia en la vida económica de los indígenas.

11 Landa, *op. cit.*, pp. 110-111.

Las encomiendas y los laboríos arrebatában de los hogares a los hombres más capaces y mejor dotados; entonces las mujeres y aun los niños, se vieron en el caso de enfrentarse al sostenimiento familiar. Desde aquellos amargos días, la mujer india es el principal personaje en los tianguis, ya que tiene generalmente a su cargo la venta de los productos de la industria doméstica o de los frutos de la agricultura.

La aportación indígena a los mercados coloniales fué restringiéndose poco a poco, para dejar lugar a la presencia de mestizos y aun de criollos que llegaron andando el tiempo a concentrar el trato de los efectos o productos más remunerativos comercialmente.

Sin embargo, de la contribución hispana a los nuevos mercados americanos pudieron aprovechar algo los indios: los productos de la ganadería menor —de pelo y de lana— y la cría de aves de corral. Los ganados de lana especialmente, dieron materia prima a los indios para modificar la industria del tejido, que andando el tiempo se convirtió en una de las más importantes fuentes de vida de los naturales.

Los huevos y la venta de gallináceas también llegaron a ser efectos de comercio muy importantes. Los primeros tuvieron por mucho tiempo como unidades de canje en los mercados.

Para no despertar la codicia de sus dominadores, los indios recurrieron al comercio de géneros poco nobles por su escaso rendimiento. Iban a los mercados llevando sobre sus lomos pasmados, materiales de construcción, tales como cal, piedra o arena. Los productos forestales también les ofrecieron a los indios un motivo de comercio; veíaseles vender leña, tablas, vigas, cuarterones, planchas y morillos.

Otros trataban con productos de la caza menor: codornices, tórtolas, conejos, liebres, etc., así como con los frutos de la pesca fluvial o lacustre.

La pobreza a que estaba reducida esta actividad, dió motivo a que los hombres buscaran el trabajo asalariado y consideraran como simple auxiliar en manos de la mujer y de la familia menuda, el hasta ayer noble y productivo giro mercantil. En efecto, los adultos preferían irse a las minas en donde alcanzaban salarios de cuatro a cinco reales por semana o a las labores de campo, con la remuneración nunca mayor de dos a tres reales.

Cada familia estaba obligada a entregar a sus encomenderos la tasación por la Real Audiencia, que consistía en el pago de un peso de oro común por año y media fanega de maíz.

El comercio, por otra parte, estaba gravado por una serie de contribuciones y alcabalas, a pretexto de "piso" en los mercados, de "paso" en los puentes y caminos, etc.

El mercado

Los tianguis indígenas mantuvieron su típica animación durante la colonia. Los productos de la industria, de la recolección y los precarios frutos de la ganadería y de la agricultura indígenas siguieron con el papel preponderante entre el trato de indios, mestizos y criollos.

Para evitar competencias ruinosas, a la vez que para favorecer por igual a los poblados regionales de cierta importancia, se estudiaron e impusieron calendarios que señalaban "día de plaza" para cada lugar. De esta suerte, los indios se trasladaban de uno a otro pueblo casi todos los días de la semana, cargando con su mercancía para expenderla en la plaza a la que tocara tianguis.

El dinero

Mucho tiempo tardó para que los mercados indios adoptaran el sistema de cambio traído por los españoles. Puede decirse que en todo el tiempo que duró la dominación castellana, siguió en los mercados mexicanos el viejo sistema de trueque, en donde el cacao, las mantas y los huevos de ave de corral, hacían las veces de moneda.

Durante la conquista, en las operaciones de importancia los europeos se vieron precisados, debido a la escasez de monedas acuñadas, a realizar sus pagos por peso, es decir, el tratante cargaba consigo una balanza, en la que pesaba la centésima parte de una libra de oro en polvo, esta práctica y medida dieron origen al llamado "castellano" o más comunmente "peso de oro". Posteriormente se creó el llamado "peso de a ocho", que tenía un valor equivalente a la mitad del "castellano".

En 1535, se estableció en México la Casa de Moneda; en ella se acuñó el "peso" de plata, que sirvió de unidad monetaria durante la colonia.

Puede decirse que en el tianguis el flamante género de cambio no halló una importante acogida; primero la falta de especies monetarias de menudo valor, mantuvo los sistemas de trueque, más tarde, la costumbre sostuvo en circulación hasta los albores del México independiente muchos de los signos de cambio usados en la edad prehispánica.

Cuando los mercados saturábanse de productos de la industria local, entonces los pequeños industriales tornábanse en vendedores de su propia producción y le buscaban salida hacia lugares apartados. Al efecto emprendían dilatadas caminatas hacia los centros comerciales de mayor movimiento, donde, a la vez que realizaban sus géneros, adquirían otros para su venta en los mercados de sus pueblos de origen.

Medios de transporte

A medida que el tráfico comercial aumentaba entre los indios de apartadas regiones y los núcleos de habitantes mestizos y criollos asentados en las principales localidades de Nueva España, las brechas y las veredas fueron acondicionándose, hasta culminar en las importantes vías que unieron a los poblados con las ciudades cabeceras de intendencia y a éstas, en muchos casos, con la capital del Virreinato. Tales caminos, en donde de trecho en trecho se encontraban ventorros para el descanso y el refrigerio de los caminantes y puentes rústicos sobre las aguas broncas de los arroyos, o de cal y canto para salvar las impetuosas corrientes de los ríos, se denominaron, como en España, "caminos reales".

El tránsito por estas vías era continuo: indios cargados con los pesados productos de su industria marchaban penosamente hacia los pueblos en que, según el calendario correspondiente debería tener lugar el tianguis.

Cuando el indígena descubrió en este sistema de comercio trashumante un complementario sistema de vida, su ilusión fué adquirir para sí un asno, solípedo traído al continente por los europeos, y con él liberarse de la tortura del peso sobre sus espaldas en caminos interminables y penosos.

Por desgracia el burro, por su precio, no estuvo al alcance de muchos indios, que continuaron llevando en sus lomos el peso de su mercadería.

Cuando un comerciante indio progresaba en sus actividades, mejoraban sus medios de transporte, ya bien utilizando el asno o bien valiéndose de los servicios de cargadores, a los que pagaba algunos reales porque le transportaran su carga. Estos hombres llamábanse "huacaleros", y eran capaces de echarse a las espaldas pesos hasta de 86 kilogramos y transportarlos a enormes distancias.

Pronto el trato comercial se intensificó al extremo de revolucionar las comunicaciones y los transportes. Los mestizos crearon la pintoresca y noble actividad de la arriería y los mercaderes indios se vieron obligados

a organizar tropas de huacaleros o átajos de asnos para transportar sus efectos de tianguis a tianguis o para exportarlos a otras regiones en busca de mejor demanda.

Sin embargo, la más alta prosperidad del comercio nativo en la época colonial, no llegó a ser ni un remedo del progreso alcanzado por los indios de la edad prehispánica.

El "día de plaza"

La gran fuerza vital del tianguis le ha hecho supervivir casi en su forma original hasta nuestros días. En las poblaciones de menor importancia existe hasta ahora el "día de plaza", costumbre típicamente indígena. La concurrencia a estos mercados es muy copiosa y heterogénea: la venta de telas, objetos de adorno y mercería ha quedado en manos de criollos y hasta de extranjeros; el comercio de carnes, de bebidas alcohólicas —de las que desgraciadamente se hace gran consumo— de ciertas legumbres, frutos, cereales y pan, ha sido monopolizado por los mestizos. Queda para los indios la venta de los productos de su industria y de algunas verduras o frutas silvestres. La industria nativa ocupa un amplio campo que se extiende desde la producción de alimentos: tortillas, tamales, pinole, chocolate, etc., hasta la manufactura de prendas de vestir: cobijas, ceñidores de lana o de algodón; sombreros de palma o de paja, ropa para mujeres, huaraches, etc., etc., además de los efectos de necesario consumo en las labores del campo: cestos de diferentes materiales, costales, ayates, coyundas, etc., productos estos últimos, de una de las más características industrias indias: la jarriería, que emplea la fibra extraída de la gran variedad de agaves que enriquecen el suelo de México.

Las utilidades semanarias que alcanza una familia india con este último género de industria varía entre \$ 0.50 y \$ 5.00, entendido que los efectos de mayor consumo son los ayates o sean mallas ralmente tejidas con hilo de "ixtle" —según la voz náhuatl— o "santhé", de acuerdo con el vocabulario otomí, que se obtiene de las hojas o pencas de la diversa variedad de magueyes o agaves.

La manufactura de sombreros de paja o de palma, ofrece a los industriales utilidades semanarias que nunca exceden de \$3.50 por semana.

Los que tejen cobijas de lana, tienen utilidades de \$5.50 a la semana, mientras que los fabricantes de cestos de mimbres o de caña llegan a alcanzar ganancias hasta de \$12.00 semanarios.

A estos industriales se les ve trabajar en algunos casos hasta en el mismo mercado, mientras van realizando la venta de sus productos.

Otro género de comercio indio en los días de plaza es la alfarería. Cada región de México muestra predilección por determinados utensilios de barro, que cambian de forma y de color de acuerdo con el gusto de los consumidores. Esto ha determinado una gran variedad en la cerámica mexicana contemporánea. Los alfareros tienen utilidades familiares de \$7.00 a \$10.00 semanarios.

Entre los comerciantes y sus clientes se mueve un parásito perjudicial y molesto; es el intermediario, acaparador o "resgatón", nombre este último por el que se le conoce en todos los mercados indios.

Este tipo, generalmente mestizo, fija los precios a los productos de la industria familiar y los acapara, para exportarlos a mercados de mayor importancia. Por medio de sus agentes, el intermediario abate los precios de los mercados de compra y acaba por absorber la producción india a precios tan bajos que son los que determinan las miserables utilidades que rinden a los productores el ejercicio combinado del comercio y la industria.

Pesan además sobre el precario comercio indio contemporáneo, una serie de gravámenes, que empiezan en la secular alcabala y terminan en la contribución directa que va a parar a manos del municipio, celoso recaudador pero desentendido administrador, que poco o nada se preocupa por la higiene, la buena presentación y la comodidad de los mercados, en donde materialmente se apelonan verduras, clientes, bestias de carga, vehículos mecánicos, etc.

Poco a poco el tianguis cede su lugar a otro género de comercio que separa de su ejercicio al indígena, al extremo de que hoy en día, la actividad mercantil que fuera en lejanas épocas no sólo brillante y próspera empresa, que honraba y enriquecía al que la ejerciera, sino fuente de bienestar para toda la comunidad, se ha transformado en uno de tantos medios que los indios combinan en su atareada necesidad de procurarse los elementos necesarios para vivir.

La decadencia del comercio entre los indios es un claro índice de la penetración exterior en su hasta ayer hermético mundo y sugiere nuevos derroteros de progreso, a costa de la devastación de la legendaria cultura. Sin embargo, el indio halla en la actividad de los extraños, elementos que sabrá aprovechar pronto en defensa de sí mismo: la realización integral de este fenómeno precipitará sin duda la amalgama cultural tan necesaria entre los habitantes de México.